

LAS LLAVES
DE GIBRALTAR

LAS LLAVES DE GIBRALTAR

SAM BENADY

ÍNDICE

Título original: *The Keys of the City*.

Publicación original en inglés por Gibraltar Books, 2005.

© 2015, Sam Benady.

© Nagrela Editores, S.L., 2015
Francisco Gervás, 8
28108 Alcobendas (Madrid)
Tel.: 91 662 63 02

Consejo Editorial: Samuel Bengio, Lior Haiat, David Jiménez-Blanco,
José Ignacio Jiménez-Blanco, Rubén Lerner, José Wahnon.

Traducción: Cayetano Ramírez Facio.
Diseño de portada: E. Grafimarque / Susan Guenun.
Diseño y Maquetación: Estudio Grafimarque S.L.

ISBN: 978-84-943790-2-4
Depósito Legal: M-10862-2015

Impreso en Cayfosa – Impresia Ibérica.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación y otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Semuel ibn Nagrella (en hebreo Sh'muel ha-Levi ben Yosef han-Nagid; Mérida, Badajoz, 993-1055) fue un poeta y filósofo sefardí que llegó a ser Visir de Granada y general de sus ejércitos.

Llamado por sus contemporáneos Ha-Naguid, el príncipe, protegió incansablemente la ciencia judía y las escuelas talmúdicas y emprendió una ambiciosa tarea erudita y literaria, especialmente interesada por el talmudismo y la gramática.

<i>Prólogo</i>	
AMBICIONES. Córdoba, 1450	11
<i>Capítulo 1</i>	
NOVIAZGO. Córdoba, 1459	17
<i>Capítulo 2</i>	
SEVILLA. Córdoba y Sevilla, 1462	31
<i>Capítulo 3</i>	
ASEDIO. Tarifa y Gibraltar, 1462	39
<i>Capítulo 4</i>	
BODA. Córdoba, 1462	57
<i>Capítulo 5</i>	
DISTURBIOS. Córdoba, 1467	69
<i>Capítulo 6</i>	
NEGOCIACIONES. Sevilla, 1467	77
<i>Capítulo 7</i>	
DECEPCIÓN. Córdoba, 1467-1468	93
<i>Capítulo 8</i>	
ACUSACIONES. Córdoba, 1469-1473	101
<i>Capítulo 9</i>	
ENFRENTAMIENTO. Córdoba, 1473	111

<i>Capítulo 10</i>			<i>Capítulo 25</i>	
MASACRADOS. Córdoba, 1473	121		LA CARTA. Córdoba, 1391-1473 y Gibraltar, 1476	271
<i>Capítulo 11</i>			<i>Capítulo 26</i>	
TRASLADO. Córdoba y Palma del Río, 1473	133		ÉXODO. Gibraltar, agosto de 1476	277
<i>Capítulo 12</i>			<i>Capítulo 27</i>	
RENEGOCIACIÓN. Sevilla y Palma del Río, 1473	139		MARRUECOS. Estrecho de Gibraltar, agosto de 1476	289
<i>Capítulo 13</i>			<i>Capítulo 28</i>	
DISTURBIOS. Sevilla, 1474	149		EL POBLADO. Marruecos, 1476	297
<i>Capítulo 14</i>			<i>Capítulo 29</i>	
VIAJE. Sevilla y Gibraltar, 1474	159		TETUÁN. Marruecos, 1476	307
<i>Capítulo 15</i>			<i>Capítulo 30</i>	
LA CIUDAD. Gibraltar, agosto de 1474	167		REENCUENTRO. Salónica, 1479	315
<i>Capítulo 16</i>			<i>Epílogo</i>	
DESUNIÓN Y SALIDA. Gibraltar, 1474-1475	177		LAS LLAVES. Jerusalén, 1519	325
<i>Capítulo 17</i>			<i>Nota del autor</i>	329
RUMORES DE GUERRA. Gibraltar, 1475	183		<i>Dramatis Personae</i>	333
<i>Capítulo 18</i>				
JOSÉ. Marruecos, 1474-1475	193			
<i>Capítulo 19</i>				
ANA. Gibraltar, 1475	207			
<i>Capítulo 20</i>				
PRESAGIOS. Gibraltar, 1475	215			
<i>Capítulo 21</i>				
ENFERMEDAD. Gibraltar, 1475	229			
<i>Capítulo 22</i>				
RECUPERACIÓN. Gibraltar, 1475-1476	241			
<i>Capítulo 23</i>				
CEUTA. Gibraltar y Ceuta, 1476	251			
<i>Capítulo 24</i>				
EL DUQUE. Gibraltar, 1476	261			

Ambiciones



Mapa de Andalucía y el norte de Marruecos en el siglo xv.

Córdoba, 1450

El sol abrasador de Andalucía caía implacable en el patio, avivando los colores a las macetas de claveles que se alineaban contra sus paredes con un brillo más intenso, y repartía sombras oscuras en todas las entradas. Eran las primeras horas de la tarde de un día de verano. Todas las personas sensatas descansaban y esperaban a que decayera la fuerza del calor al atardecer, para continuar con los negocios y con sus vidas. Una anciana, sentada en su puerta, daba cabezadas donde la sombra y una minúscula brisa aportaban las condiciones casi soportables para soñar, quizá, con los mejores momentos de una juventud ya lejana en el tiempo.

Un par de jovencuelos rompieron el silencio de aquel lugar con sus riñas y pasaron a toda velocidad por el pasillo que comunicaba el patio con la calle, discutiendo como niños, dándose puñetazos y empujones para reforzar el valor de sus argumentos con la violencia amistosa de dos hermanos de nueve y diez años. El mayor, muy alto para su edad, de pelo negro y piel tostada por el sol, parecía ser el que se iba a salir con la suya, debido en parte a su voz más potente y autoritaria, y también a la fuerza de sus golpes, más contundentes que los de su hermano pequeño, más pacífico en apariencia.

—¡Don Álvaro es el mejor guerrero del mundo! Cuando sea mayor, quiero ser un soldado como él y llegaré a general y ganaré batallas...

—Pero les vimos marchar hace apenas una semana, Pedro —dijo su hermano en un intento por ser razonable—. Eran muchos los que salían de la ciudad y hoy solo hemos visto regresar a unos pocos. Los soldados matan gente y a ellos también les matan..., ¿qué tiene eso de bueno?

Acababan de avistar el regreso de las tropas de vanguardia del rey aliado, con el gran Álvaro de Luna al frente, marchando de regreso a Córdoba después de una sangrienta escaramuza contra los moros de Granada.

La ruidosa discusión hizo que la anciana despertase y abriese sus ojos oscuros para mirar con amabilidad a sus nietos.

—José está en lo cierto —dijo la abuela con un tono admonitorio—, todos los hombres mueren tarde o temprano; y no es ninguna proeza hacer que alguien muera antes de que le llegue su hora.

—Pero José quiere ser médico —aseguró Pedro, con la confianza de su categoría de hermano mayor y, por lo tanto, favorito de la abuela—. Él se dedicará a salvar vidas y si esas personas van a morir de todos modos, ¡tampoco le veo yo el sentido! —protestó con una sonrisa burlona al mismo tiempo que propinaba otro puñetazo a José, que esquivó con certero movimiento, burlándose del primogénito con su cara llena de pecas.

La anciana se rio socarronamente y sacudió el abanico en la cabeza de Pedro con tierna severidad.

—Tus ideas tienen ya el mismo filo que la espada que algún día pretendes llevar —dijo con indulgencia—. Pero no desprecies a los médicos. Nunca olvides que el hombre más sabio de todos los que han nacido en Córdoba era un médico, el gran erudito Moses ben Maimón, cuya memoria aún se respeta con gran orgullo en todo el mundo cristiano y musulmán.

—Maimónides, querrás decir. Sí, he oído hablar de él, pero... ¡era judío!

Pedro miró de reojo. Los únicos judíos que los niños conocían eran vendedores ambulantes o pobres desgraciados muertos de miedo que aún vivían en los barrios más míseros de la ciudad, despreciados por todos los cristianos incluso más de lo que odiaban a los moros infieles, los cuales, al menos, aún conservaban sus posesiones y tenían poder y dignidad.

El buen humor de la abuela se apagó y miró a Pedro con semblante serio.

—Nunca olvides, Pedro, que mis padres eran judíos, como lo eran todos vuestros antepasados. Y aunque hemos sido buenos cristianos desde entonces, a ellos se les obligó a renunciar al judaísmo y a aceptar el bautismo. No podemos olvidar a todos aquellos que nos precedieron. Incluso si los quisiéramos olvidar, serían los cristianos viejos los que no nos lo permitirían. Todavía nos miran por encima del hombro, nos llaman conversos y cosas peores y se niegan a aceptarnos. Tu tío, que en gloria esté, se enamoró de una muchacha que pertenecía a una de esas familias de cristianos viejos y quiso casarse con ella. Decía que éramos tan buenos cristianos como podía ser la familia a la que ella pertenecía. ¿Sabes cuál fue su recompensa? Una puñalada en la espalda procedente de una navaja de cristiano viejo en un callejón oscuro. La muchacha acabó sus días en un convento.

—Pero, ¿en realidad somos tan buenos cristianos? —preguntó José con inseguridad—. Quiero decir...

Una mirada implacable de la anciana le hizo callar.

—¡Lo que hagamos de puertas adentro es cosa nuestra, pero nunca debemos mencionarlo fuera, no sea que se nos vuelva en contra!

José se arrepintió de sus palabras y se mantuvo en silencio, pero su hermano Pedro, que siempre era el más impulsivo de los dos, insistió.

—Creo que si decimos que somos cristianos, deberíamos comportarnos como buenos cristianos y así los demás tendrán que admitir que somos tan buenos como ellos. Así..., me podré casar con Teresa de Aguilar cuando sea mayor.

—¿Y quién demonios es esa Teresa de Aguilar? —La abuela puso cara de asombro, contenta de tener una excusa para dejar de hablar de un tema tan incómodo.

—La vi en la iglesia el domingo pasado. ¡Es guapísima! Tiene los ojos azules y el pelo muy rubio y largo hasta la cintura...

—Y pertenece a la familia Aguilar, ¡de las más nobles entre los cristianos viejos de toda Córdoba! —añadió la abuela con severidad—. Tú apuntas alto, ¿eh, Pedrito? Ten cuidado, no sea que tus ambiciones te jueguen una mala pasada. Quieres ser militar; pues te diré que, como

Pedro Herrera el converso, nunca serás más que un soldado raso. Y si ofendes a los Aguilar, ni siquiera llegarás a eso.

—Pero yo quiero llegar a ser un gran guerrero, ¡incluso Consejero Real! Don Álvaro de Luna lo fue y la gente dice de él que es marrano.

—¡No uses esa palabra! —dijo la abuela con voz cortante—. Nos insultas a todos cuando lo haces.

—De acuerdo, pero es converso como nosotros, ¿verdad? —insistió Pedro.

—Sí, y le pudo suponer la muerte. Se dice que los más fieles nobles de la corte del rey Juan fueron quienes conspiraron contra él para hacerle caer.

Las ambiciones de Pedro se fueron desvaneciendo.

—De acuerdo, entonces seré capitán de un destacamento o gobernador de una ciudad.

Los ojos de la abuela parecían ausentes. Los chicos intuían ya lo que les esperaba y se dispusieron con tranquilidad a oír una más de esas historias de juventud de la anciana.

—Cuando era joven, incluso más de lo que sois vosotros ahora, mi abuela solía sentarme en su regazo y me contaba historias de su juventud —comenzó—. Era de Lucena, un pueblo que está cerca de aquí. Me decía que la gente de allí aún hablaba de cuando los moros dominaban la mayor parte de España. Eran los dueños de toda Andalucía, pero no de Lucena. Allí, y por orden del propio rey moro, eran los judíos quienes gobernaban. Permitían que los moros vivieran fuera de las murallas y que construyeran, también fuera, su mezquita. Y me dijo que uno de los gobernadores de Lucena era de nuestra familia. Así que —concluyó con una sonrisa de astucia— si los moros permitieron que uno de nuestros antepasados, un judío infiel, guiara el destino de una de sus ciudades, ¿por qué estos cristianos viejos no iban a permitir que un buen cristiano, como lo eres tú, mandara una de sus ciudades?

Pedro estaba demasiado emocionado para darse cuenta de que la abuela hablaba irónicamente.

—Sí, eso es lo que pienso hacer. ¡Seré gobernador de una ciudad! Luis del Castillo dice que algún día tendrá su propio castillo, ya que su nombre significa eso precisamente, pero es un cobarde y un chivato.

¡Seguro que sus antepasados no serían más que criados de las cocinas de alguno de esos castillos! ¡Nadie le va a dar ningún sitio para gobernar!

Los niños continuaron la disputa sobre Luis, que era hijo de otro converso, su vecino el curtidor. Este solía intimidar despiadadamente al tranquilo José cada vez que lo pillaba solo, pero en cuanto Pedro aparecía en escena se cambiaban las tornas y Luis, aunque mayor que Pedro en edad y en estatura, terminaba normalmente sucio, sangrando y lleno de magulladuras.

La anciana no había terminado y le bastó una simple mirada para sacar los colores a Pedro.

—Desde aquellos años felices de Lucena, las fortunas de los judíos se resienten y a todos los que rechazaron la conversión no se les considera más que como una chusma de indeseables..., incluso a nosotros mismos, que sí lo hicimos.

José, más perspicaz que su hermano, captó el sentido de la frase de la abuela. Permaneció en silencio. Sin embargo, Pedro continuó con la discusión.

—Bien, nuestros antepasados se hicieron cristianos y, digan lo que digan los cristianos viejos, nosotros somos tan buenos cristianos como lo puedan ser ellos ahora. ¡No tienen ningún derecho a llamarme converso ni marrano! ¡Yo soy cristiano de nacimiento y soy tan bueno como cualquiera de ellos!

—Sí, Pedro, quizás no tengan la razón, pero son quienes tienen el poder. Ellos son muchos más, tienen la nobleza de su lado, al Rey, y sobre todo tienen a la Santa Iglesia Católica, que aún nos considera bajo sospecha. Con la menor excusa nos echarían a las turbas encima... Cuando era una niña, aquí en Córdoba, en 1391, hubo una gran masacre de judíos; incluso muchos de aquellos que, como nuestra familia, ya se habían convertido, perdieron sus vidas. Mis padres se escondieron conmigo en un sótano durante tres días hasta que el odio de aquella multitud de incontrolados cesó. Cuando por fin nos atrevimos a arrastrarnos al exterior, nos encontramos con que, solo en Córdoba, habían asesinado a más de dos mil entre judíos y conversos. ¡Solo Dios sabe cuántos morirían en el reino de Castilla! Podría suceder de nuevo incluso ahora. Solo se necesitan unas pocas malas cosechas, o una plaga, y volverían a rugir de nuevo las mismas turbas. Más tarde los nobles y

la Iglesia, temiendo que la ira de la multitud se pudiera volver contra ellos, se agarrarían a cualquier excusa para encauzar ese mismo odio contra los conversos. Nos acusarían de acaparar el grano, o de envenenar pozos, o incluso de sacrificar a algún niño cristiano en alguna ceremonia satánica judía. La multitud se abalanzaría contra nosotros y moriríamos por centenares.

—¿Qué tendríamos que hacer en ese caso, abuela? —preguntó José un poco tembloroso, más por la fuerza de la expresión de la anciana que por la posibilidad de que fuesen ciertas sus predicciones, que le parecían poco creíbles e improbables—. ¿Tendríamos que irnos de Castilla a algún otro sitio donde la gente se comportara mejor con nosotros?

—¿Dónde crees tú que vas a encontrar mejores personas? —se burló Pedro—. En cualquier país cristiano seguiremos siendo los odiados conversos, y si vamos a tierra de musulmanes, nos odiarán aún más como cristianos y nos considerarán esclavos suyos o nos matarán. Incluso los judíos en esos países nos odiarían por traidores. ¡No, yo me quedaré en Castilla y conseguiré que la gente me acepte por lo que soy! ¡Conseguiré que me den una ciudad para que la gobierne!

—Que Dios te otorgue su bendición para que tengas éxito en lo que hagas, hijo mío —le dijo la mujer con ternura—. Venga, corred. Id a jugar los dos o entrad a descansar en silencio en vuestro cuarto. Hace mucho calor aún y todavía no he terminado mi siesta.

Los muchachos sabían que era mejor no discutir y, aunque no tenían ganas de descansar, dieron a la abuela un besito de disimulo en la mejilla y corrieron por las tórridas y polvorientas calles de Córdoba a darse un chapuzón con sus amigos en las turbias aguas del Guadalquivir, a la sombra del viejo puente romano.

Capítulo 1

Noviazgo

Córdoba, 1459

Pedro Herrera caminaba por la calle polvorienta con su tez morena apuntando hacia el suelo. De mal humor, daba puntapiés a las piedras que se le interponían en el camino para apartarlas. Volvía de hacer un recado, sin mucho éxito, en un cortijo en las afueras de Córdoba al que su padre, que era banquero, le había enviado.

Bartolomé Herrera había hecho lo imposible para que sus dos hijos recibieran una buena educación. Pedro empezó como aprendiz con él, ya que algún día heredaría sus negocios, y abandonó sus pretensiones de convertirse en soldado tras considerarlas ilusiones absurdas de juventud. Por su parte, José había conseguido su deseo más anhelado. Lo mandaron a Sevilla para que se iniciara como médico.

—Así que no solo no voy a conseguir hacer realidad mis ambiciones —se dijo Pedro con amarga resignación—, sino que también me apartan de mi hermano, de mi mejor amigo.

No eran celos de José, se aseguró a sí mismo, pero ¿por qué no iba a poder tener la misma oportunidad de hacer lo que tanto ambicionaba? A Pedro no le ilusionaban en absoluto los negocios de la banca, que no eran mucho más que hacer de prestamista, el comercio más innoble de los despreciables judíos.

En realidad, la misión que le había sido encomendada ese día era intentar cobrar una vieja deuda del dueño de un cortijo con pretensiones de acceder a la baja nobleza, ya que alegaba ser primo de Diego

Fernández, conde de Cabra, uno de los hombres más poderosos de Córdoba y enemigo encarnizado de los conversos.

A la llegada de Pedro a aquel caserón destartalado y a punto de venirse abajo, tuvo que enfrentarse en la misma puerta con un criado grosero, vestido con ropas mugrientas, que se le colocó delante impidiéndole el paso.

Cuando Pedro dijo a lo que venía, aquella criatura con aspecto de simio contestó con un gruñido adecuado a su pelaje: «¡Espera!», y desapareció en el interior, dejándole en la puerta dando golpecitos en el suelo con los talones. Pedro, ya molesto con la espera, paseó su vista con más detalle por el cortijo abandonado y sus edificios en ruinas. ¡Cuánta diferencia con la escrupulosa pulcritud con la que su madre mantenía su casa dentro de las murallas de Córdoba! ¡Y pensar que este era uno de aquellos cristianos viejos de los que él, durante tanto tiempo, esperó su aceptación! Seguramente la verdadera nobleza —los Aguilar, o incluso los condes de Cabra— serían las personas por las que él debía sentir admiración.

Mientras esperaba con impaciencia, oyó una voz encolerizada y quejumbrosa que procedía del interior de la casa.

—¡Dile al mensajero de Herrera, ese usurero judío, que pagaré en el momento que yo decida, no cuando él quiera! ¿No soy yo un hidalgo español? ¿Qué derecho tiene ese para...? No, espera, no le digas eso; es mejor que no me enemiste con él, es posible que necesite otro préstamo más adelante, de él o de cualquier otro cerdo converso. Dile a ese marrano que le pagaré pronto, cuando mi primo, el conde de Cabra, me devuelva un dinero que me debe. Eso le mantendrá callado, si le recuerdas que tengo una estrecha relación con el conde. ¡Cabra sabe bien cómo tratar a estas alimañas de conversos!

Cuando finalmente reapareció el criado, Pedro replicó con voz suficientemente enérgica para que se le pudiera oír bien desde dentro:

—¡Ahórrese los sermones, amigo! He oído el mensaje, lo he oído todo. ¡Ve adentro y dile a tu amo que el hijo del marrano usurero prefiere ser un cerdo que un chacal estafador y embustero como él!

Mientras el lerdo criado lo miraba boquiabierto, Pedro se dio media vuelta y, haciendo de tripas corazón, se encaminó de vuelta por el mismo sendero por donde había venido.

—Bonitas palabras —se dijo para sus adentros con una extraña objetividad, mientras caminaba de vuelta a casa—, pero la verdad es que quiero pertenecer a esa gente, o al menos quiero que me acepten.

El ruido procedente de una riña y un llanto de dolor y de rabia infantil le hicieron despertar de sus pensamientos pesimistas. Aquel sonido venía del otro lado de una pared de adobe que estaba junto al camino. Vio que estaba cerca de un cortijo que era una de las múltiples posesiones de la familia Aguilar en Córdoba. Se acercó a la pared y miró por encima. Dos jóvenes morenos y andrajosos —de aspecto gitano— luchaban contra un furioso niño de unos seis años que, con mordiscos, patadas y arañazos, parecía no estar dispuesto a dejarse vencer.

Pedro, blandiendo el palo que llevaba, les gritó:

—¿Qué estáis haciendo? —Y saltó la pared y corrió tras ellos.

A los gitanos les bastó una simple mirada a la silueta amenazante que les perseguía para salir huyendo. Pedro, empujado por el mal humor que traía esa tarde, los persiguió unos segundos más pero, cuando se dio cuenta de que no los alcanzaría, se volvió con el pequeño, que ya había recuperado su tosca espada de juguete compuesta de dos trozos de madera atados con la que se defendía de sus atacantes, mientras mostraba toda su valentía con gritos de guerra. Luego, al ver regresar a Pedro, se inclinó con una reverencia de tal magnitud que a este le resultó divertida, al proceder de un niño tan pequeño, y le dijo:

—Soy Gonzalo Fernández de Aguilar y le estoy agradecido por su ayuda, aunque por supuesto habría derrotado pronto a esos miserables sinvergüenzas que estaban intentando secuestrarme incluso sin su ayuda, porque soy un gran guerrero.

Aunque Pedro estaba sonriendo ante las palabras del pequeño luchador, había reparado en su nombre y sus rubios cabellos rizados, y le preguntó:

—¿Eres por casualidad pariente de Teresa de Aguilar?

—Teresa es mi hermana —dijo Gonzalo con la voz más grave que pudo poner—. Ella es mucho mayor que yo y se supone que debería estar aquí cuidándome, pero es un poco mema y no me fue difícil alejarme de ella, en cuanto se descuidó, para correr una aventura. Mire, precisamente por ahí viene.

Pedro levantó la vista y vio su alta figura de largos cabellos dorados mecidos por la brisa. Corría hacia ellos atravesando el terreno de cultivo desde el lejano cortijo, seguida de otra muchacha, más pequeña y morena, que se le iba quedando unos cuantos pasos detrás debido, al parecer, a una leve cojera.

—Y esa es mi prima Beatriz, la que viene con ella. No es tan guapa como Teresa y tiene una pierna un poco mal, pero es más simpática. No intenta controlarme todo el tiempo y siempre me cuenta historias de los grandes héroes y de caballeros. Me gusta más que Teresa, que siempre está con esa risita tonta y no hace más que pensar en joyas y vestiditos.

Pedro detuvo su mirada en Teresa, que ya estaba junto a ellos y agarraba con enfado a Gonzalo por el brazo. Él solo oía vagamente las palabras del muchacho, de la misma manera que apenas se percató de la presencia de la chica morena, que se había detenido detrás de Teresa jadeando aún por el esfuerzo. Todos sus sentidos estaban inmersos en la divina figura que tenía delante. Sus cabellos de oro podrían ser, tal vez, los mismos que recordaba, pero aquella muchacha que adoraba desde el día en que la vio en la iglesia se había transformado en una bellísima mujer de blancas mejillas, ahora delicadamente rosadas por la emoción y el ejercicio, y de generosas y redondeadas curvas. Era alta, casi tanto como Pedro, y sus ojos azules y delicados rasgos dejaron a Pedro completamente encantado.

Teresa y Beatriz vieron a un chico alto y desgarbado, de pelo negro y ojillos hundidos. Pero su porte orgulloso y la cara, normalmente pálida, todavía resplandeciente por la persecución, hacían que su aspecto fuese ahora el de un hombre de acción.

La visión que había aparecido ante Pedro le dejó boquiabierto y, aunque su voz fuese algo estridente y su expresión algo hosca, él fue incapaz de juzgarla.

—Gonzalo, pequeño monstruo, ¿cómo te atreves a alejarte de mí? ¡Y mírate! ¡Con toda esa mugre que llevas encima! —Solo entonces Teresa pareció percatarse de la presencia de Pedro—. Y ¿quién es este..., esta persona que está contigo? Sabes que no puedes hablar con desconocidos.

—Me aparté de vosotras para correr mi propia aventura —dijo Gonzalo dándose importancia— y por supuesto que la he tenido,

¡y de qué manera! Me atacaron dos ogros enormes y, aunque los habría derrotado yo solo, por supuesto, este valiente y galante caballero acudió en mi ayuda hasta que conseguimos que se dieran a la fuga.

Teresa se volvió hacia Pedro con cierto aire de desdén.

—¿Es eso cierto? —preguntó bruscamente.

Pedro se dispuso a contestar, pero no le acudieron las palabras a la boca.

—¡Por supuesto que es verdad! —dijo Gonzalo con voz estridente—. ¡Soy un caballero castellano y no digo mentiras!

Ignorando a su hermano, Teresa se dirigió a Pedro en tono imperativo:

—¿Es que no tiene usted lengua, joven, que no puede hablar? ¡Aunque parece que ojos no le faltan para mirar con tanto descar!

No sin cierta dificultad, Pedro pudo apartar los ojos de aquella hechizante figura y tartamudeó:

—Yo..., sí..., bueno, aparecieron dos muchachos, creo que eran gitanos, que intentaban llevarse a su hermano, supongo, pero lo soltaron y salieron corriendo cuando les grité.

Las protestas airadas de Gonzalo en cuanto a la burda tergiversación de su gran aventura fueron ignoradas y Teresa, aunque tarde, empezó a recordar las normas de cortesía y gratitud y le dijo a Pedro con toda formalidad:

—Señor, en nombre de mi madre y de mi hermano mayor, le doy las gracias por socorrer a este insensato. Dígame, ¿qué recompensa puedo ofrecerle por su caballerosidad y valentía?

—No deseo más recompensa que el placer de volver a ver ese precioso rostro —dijo Pedro, que empezaba ya a recobrar un poco su compostura y que, al igual que Gonzalo, gustaba adornar su lenguaje con expresiones románticas propias de las historias de caballeros.

Parecieron oírse unas risitas detrás de Teresa, que cesaron en seco con un simple gesto de desaprobación por parte de esta, y a continuación, recuperando su compostura, se ruborizó y, haciendo una pequeña reverencia, dijo:

—Creo que podemos ofrecer a tan hermoso y galante caballero esa pequeña recompensa, pero antes necesitamos saber quién es usted. Díganos su nombre, amable señor.

—Mi nombre, hermosa dama, es Pedro Herrera.

—¿Herrera? Mi madre es Elvira de Herrera, naturalmente de la familia Enríquez. ¿Es posible que podamos ser parientes?

Por un momento Pedro pensó en la posibilidad del engaño, pero enseguida se dio cuenta que no podría mantenerlo durante mucho tiempo, así que contestó con rotundidad:

—Me temo que no, mi señora. Mi padre es Bartolomé Herrera, banquero en la ciudad de Córdoba.

—Banquero... —repitió Teresa sin mucha convicción.

«Un comerciante, y aún peor, un converso» fueron las tácitas palabras que Pedro leyó en sus ojos, y en ese momento se le cayó el alma a los pies. Seguro que no querría saber nada de él, ahora que sabía quién era.

Entonces una vocecita surgió desde detrás de Teresa:

—Sea el señor Herrera de tu familia o no, sigue siendo el aguerrido caballero que ha impedido que tu hermano fuese secuestrado por esos indeseables y nos lo ha devuelto a nuestro cuidado, ¿no es así?

Pedro se sintió reconfortado por la delicadeza de la niña y miró a Beatriz por primera vez. Era una muchacha de piel morena y cabello negro, algo más baja y delgada que su prima. Su cara era agradable y bastante guapa pero, comparada con la belleza de Teresa, parecía insignificante. Se mantenía en pie con cierta torpeza por la debilidad de su pierna izquierda, seguramente debido a una parálisis infantil, que la hacía aparecer como una criatura deforme al lado de la perfección de su prima. Aun así, en sus ojos relucía su inteligencia y el pequeño espacio en la mente de Pedro que todavía quedaba sin sucumbir a los poderes de Teresa reconocía en ella a una persona muchísimo más atractiva de lo que se mostraba a primera vista.

—Sí..., naturalmente —Teresa se vio obligada a aceptarlo, pero lo dijo sin seguridad.

—Podríamos vernos de nuevo. ¿Mañana, tal vez? —Pedro se apresuró a aprovecharse de la pequeña ventaja que le habían dado las palabras de Beatriz antes de que Teresa pudiera cambiar de parecer.

—¿No te he dicho que podías? Los Aguilar solo tenemos una palabra —dijo Teresa con altivez.

—Estaremos por aquí los próximos días —añadió Beatriz con voz suave—. Solemos venir a menudo en verano porque se está más fresco

en el campo que en Córdoba. Los criados son muy holgazanes y duermen mucho por las tardes...

—De acuerdo, puedo volver mañana por la tarde —dijo Pedro con cierto alivio. Y se arqueó en una reverencia—. Pues ¡queden con Dios!, hermosas damas.

Pedro completó el resto del camino hecho un verdadero lío. Un día que había empezado tan mal estaba acabando magníficamente.

¡Se había encontrado con el amor de su vida! Seguramente a ella también le gustaba él. Había dicho que era bien parecido y galante, ¿no es cierto? ¡Quizás este podría ser el principio de la realización de todas sus ambiciones! ¡Y qué ser más maravilloso era ella!

Informó de pasada a su padre sobre el escaso éxito que había tenido en el cobro de la deuda, y ni siquiera puso atención a su respuesta. Se retiró a dormir como si estuviese en una nube, para soñar con Teresa y con el mundo de castillos, batallas y caballeros que con tanto fervor siempre había deseado para sí.

Durante los días siguientes, Pedro apenas tenía paciencia suficiente para esperar a acabar su jornada de trabajo en la tesorería de su padre. Tan pronto como podía se buscaba una excusa y se apresuraba al lugar de sus citas con Teresa.

Siempre lo recibían las dos juntas: Teresa y Beatriz como carabina. Pero esta concesión al debido decoro se obviaba enseguida, ya que Beatriz, después de un minuto o dos, se excusaba con que tenía que coser algo o que había prometido contar a Gonzalo alguna historia nueva, y desaparecía en el interior del cortijo. Si en alguna ocasión tardaba en marcharse a sus tareas o cuando parecía que no tenía demasiada prisa en dejarlos solos, bastaba una mirada de Teresa o una simple indirecta para que acudiera a sus quehaceres.

Entonces Pedro y Teresa se sentaban en los extremos de un áspero banco de madera, bajo la sombra de un olivo viejo y retorcido, y no hacían mucho más que dedicarse tiernas miradas.

De las pocas palabras que cruzaron, Teresa supo de las ambiciones que tenía Pedro por ser soldado, al igual que Pedro oyó hablar de la

familia de Teresa. Su padre había padecido una enfermedad durante muchos años y había fallecido el año anterior. Por ese motivo su hermano mayor, Alfonso, era ahora el cabeza de familia, aunque aún era menor de edad —tenía dieciséis años, uno más que Teresa— y, hasta que llegara a la mayoría, los asuntos familiares los atendía el padre de Beatriz, su tío Fernando. Supo de la ascendencia noble (y por supuesto de la pureza de cristianos viejos) de la familia Aguilar. Cada vez que Teresa sacaba este tema, y lo hacía con bastante frecuencia, le recordaba el aparente abismo que existía entre sus orígenes. Su desesperación quedaba en parte compensada por la felicidad de ver que la distancia física entre ambos se hacía más pequeña, ya que en cada visita parecía que Teresa estaba dispuesta a sentarse más cerca de él en el banco.

Un día estaban ya sentados bien juntos en el centro del banco y Pedro, con mucho atrevimiento, se volvió hacia Teresa, tomó sus blancas y suaves manos, y le dijo apasionadamente:

—Teresa, te amo con todo mi corazón. Dime, ¿me quieres tú a mí?

—Por qué..., por supuesto que sí, amado Pedro. Desde que te conozco me he..., te he cogido mucho cariño.

Pedro, por supuesto, ni se dio cuenta de la pequeña duda que llevaba su respuesta; ella no había quitado sus manos de las suyas y, además, ¿no le había dicho «amado Pedro»? Así que rodeó sus hombros con su brazo y ella tampoco se apartó; a continuación la abrazó suavemente y, aunque parecía que se encontraba un poco incómoda, tampoco tuvo ninguna intención de rechazar el abrazo.

—Teresa, amor mío —susurró en su oído—, deseo que estemos siempre juntos. ¿Te quieres casar conmigo?

Contuvo la respiración, asombrado de su propia osadía. Teresa le miró en silencio durante un momento, y luego se apartó y se levantó.

—¿Es que realmente crees que sea posible que yo pueda casarme contigo? No tienes una posición en la sociedad y mi familia nunca estaría de acuerdo con que yo me case con el hijo de un... banquero, por mucho que tú..., que nosotros queramos.

—Déjame hablar con tu familia; con tu madre, con tu tío o con tu hermano —rogó Pedro con desesperación—. Les explicaré..., les diré cuánto nos queremos, que me labraré mi propio destino en la vida, que seré famoso, que tal vez incluso pertenezca a la nobleza. ¡Les convenceré!

—Pedro, tengo que irme ya —interrumpió Teresa con la voz un poco entrecortada, al mismo tiempo que daba los primeros pasos en dirección a la casa—. ¿Vendrás mañana?

—Claro que sí, amor mío —suspiró Pedro al ver su precioso cuerpo que desaparecía en el interior del cortijo.

Se marchó de allí con sentimientos encontrados. En general, las cosas no habían ido tan mal, intentó autoconvencerse. Después de todo, Teresa no le había dado un «no» rotundo. Simplemente se había limitado a mostrar las dificultades prácticas que en realidad existían.

Mañana, mañana hablarían de nuevo, y seguro que elaborarían una estrategia entre ambos para convencer a su familia. Ahora no hacía más que pensar en su hermano José y en su deseo de que estuviese en Córdoba, ya que su consejo y su apoyo le habrían sido de gran ayuda en esos momentos.

Al día siguiente, cuando Pedro llegó al lugar de su cita ni Teresa ni Beatriz estaban a la vista. Se sentó a esperar bajo la olivera, preguntándose qué podría haberles pasado a las dos muchachas. Teresa nunca se había retrasado antes en ninguno de sus encuentros.

Cuando se sentó a pensar lo que le diría a Teresa y cómo iban a plantear el asunto a la familia de ella, vio que alguien se acercaba. Era un hombre joven que se detuvo con aire beligerante y le gritó:

—¡Miserable! ¿Cómo se atreve un patán de baja cuna como tú a cortejar a la hermana de un Grande de Castilla? ¡Probarás mi espada ahí mismo donde estás sentado por tu atrevimiento!

Pedro se quedó mirando a un chico bastante corpulento, unos tres años más joven que él, que blandía una espada que le quedaba un poco grande. «Este debe de ser el hermano mayor de Teresa, Alfonso. ¡Eso es que nos han delatado!». Se sintió un poco asustado pero, al mismo tiempo, asombrado por la forma tan temperamental con que lo había recibido aquel muchacho; no obstante, intentó que no se notara ni en la voz ni en la expresión y se dirigió a él con voz calmada:

—¿Y todo un Grande de Castilla tiene por costumbre amenazar de muerte a un hombre desarmado, por muy innoble y canalla que él pueda pensar que es?

El muchacho se quedó petrificado por un segundo, la espada aún en alto. Pedro se estaba preguntando si habría cometido un error con

sus palabras cuando Alfonso, lentamente, bajó la espada y le miró avergonzado.

—Veo que eres persona serena —dijo ya riendo—. En verdad no tenía ninguna intención de matarte, pero es lo que debías creer. Mi tío Fernando me envió a por ti. Quiere hablar contigo sobre Teresa. Te está esperando allí dentro. Recogí esta espada cuando venía a buscarte con la intención de asustarte y de hacerte desistir en tu empeño. ¡Eso nos habría ahorrado muchos problemas!

—Muy bien —dijo Pedro sonriendo también, aunque esta vez con bastante amargura—, veo que eres Alfonso de Aguilar, el hermano mayor de mi Teresa. Ya veo que alguien me ha traicionado y también a Teresa, pero en cualquier caso quiero hablar contigo y con tu tío, y hoy es tan buen día como cualquier otro. A propósito, déjame que te dé un consejo —añadió poniendo su mano en el hombro de Alfonso—: Nunca amenaces a nadie con un arma a menos que estés dispuesto a usarla. Fácilmente podría haberte tirado al suelo con mi bastón, desarmado y rebanado el cuello mientras me dabas ese discurso.

—Tienes razón —dijo Alfonso—. No había pensado en eso.

Cuando marchaban juntos hacia el cortijo, Alfonso comentó:

—Mi tío siempre está diciéndome que necesitaré un consejero de mis años cuando llegue a la mayoría de edad. Si podemos solucionar este asunto de Teresa... —añadió dubitativo.

Pedro reflexionó al tiempo que seguía a Alfonso por el sendero: «Quizás no esté todo perdido. Si al menos pudiese convencer a Alfonso y a su tío de que puedo serles útil y convertirme en el hombre de confianza del joven Alfonso, que no parece que sea demasiado espabilado... Y si Alfonso pasara a depender de mí, entonces, ¿quién sabe? Tal vez hasta esté dispuesto a aceptarme como cuñado», y entonces notó una punzada de culpabilidad, pues Teresa era la mujer de sus sueños y no un escalón más para lograr sus ambiciones.

Al pasar de la luz cegadora de aquella tarde de verano andaluz a la relativa oscuridad del cortijo, Pedro se quedó momentáneamente deslumbrado. Cuando sus ojos se fueron acomodando a la penumbra, pudo observar el escaso mobiliario de la enorme habitación en la que se encontraba. Al principio creyó que no había nadie más en aquella estancia. Solo él y Alfonso, que le precedía. ¿Sería una trampa? Nada más

empezar a imaginarse esa posibilidad, oyó una voz aguda y estridente que procedía de una silla situada en el rincón más alejado.

—Acércate, muchacho, y déjame que te vea.

Al dar unos pasos hacia la voz, Pedro distinguió que había un hombre sentado en la silla: el tío de Teresa, Fernando, un enano cuyas cortas piernas oscilaban bajo el asiento removiendo la tierra del suelo. Vestía de forma impecable, superando su atrofia corporal con un rostro de gran inteligencia y con una pulcra y puntiaguda barba.

Pedro no pudo reprimir una impresión de asombro y el enano rio sarcástico.

—Resulta chocante, ¿verdad? ¡Ver que una criatura como yo pueda llevar los asuntos de la casa de los Aguilar! Bien, ambos tenemos impedimentos. Tanto tú como yo. Y no estoy seguro de que los tuyos no sean incluso más frustrantes que los míos. Déjame que ahora te mire con más detenimiento. Sí, pareces un muchacho inteligente y apuesto; ya veo por qué Teresa se enamoró de ti. Pero no podemos admitir eso, ¿sabes? Mis planes para Teresita son bastante diferentes.

—Por favor, señor —dijo Pedro enérgicamente, herido por lo que pensó era una actitud condescendiente en la voz de Fernando de Aguilar—. Capto que mis «inconvenientes», como usted los llama, son mi origen, que no es noble, y que procedo de una familia de conversos. Permítame decirle que soy más y mejor hombre que cualquier muchacho altanero que pueda usted haber elegido como pretendiente para Teresa. Yo he recibido educación, se leer y escribir y llevar las cuentas. Tengo decidido mi futuro. De todas maneras, las familias nobles no cayeron del cielo; alguien tuvo que ser el primero. ¿Por qué no iba a poder lograrlo yo? Y por mis orígenes, le aseguro que soy tan buen cristiano como lo pueda ser usted.

Pedro se detuvo, un poco asustado por su propia osadía, pero el enano volvió a reírse y prosiguió en un tono aún más familiar:

—¡Mejor, sin duda! Y te aseguro que respeto profundamente a quien tiene capacidades como las tuyas. Pero la mayoría de la gente de este mundo no lo hace y solo se fija en las apariencias externas como la familia, los títulos, el dinero... Y por supuesto en el aspecto físico, lo que explica por qué solo en raras ocasiones aparezco en público y dirijo los asuntos de esta noble familia desde mi habitación en el castillo.

—Pero Teresa...

—Teresa, estabas a punto de decir, está enamorada de ti. Bueno, ella piensa que lo está, al igual que tú crees estar enamorado de ella. Créeme, descubrirás que ella desea su forma de vivir en la familia Aguilar bastante más, y no va a estar dispuesta a poner eso en riesgo casándose contigo. Y tú, estoy seguro —añadió mirándole a los ojos—, ideseas conseguir tus ambiciones con más intensidad de lo que podrías llegar a desear a cualquier mujer!

Herido por esta insinuación, aunque tenía que admitir que había bastante de verdad en ella, Pedro quiso interrumpirle, pero bastó el gesto de una diminuta mano para hacerle callar.

—Ya hemos enviado a Teresa a hacer de dama de compañía de la reina Juana de Castilla.

—¿Teresa se ha marchado? —dijo Pedro desolado—. ¡No puedo creerlo! ¡Jamás me dejaría así, sin una explicación! Habría encontrado la forma de comunicármelo.

—Después de discutirlo, Teresa aceptó que su pequeña aventura contigo no era más que eso, una aventura que ya empezaba a írsele de las manos. Y creo que incluso si tenía algún remordimiento cuando se marchó, ya se le habrá olvidado. Así pues, una vez que ella no está, la cuestión es ¿qué hacemos contigo?

—Haga conmigo lo que le parezca —dijo Pedro mostrando su pérdida de todo interés—, pero dígame, ¿quién nos ha vendido? ¿Ha sido Beatriz?

—Mi hija Beatriz —dijo Fernando con voz severa— es demasiado honesta para hacer tal cosa y también le tiene demasiado cariño a Teresa. Y a ti también, creo. La forma en que ha llegado a mi conocimiento este asunto..., no sería bueno para ti que la conocieses.

Se produjo un incómodo silencio que fue roto por Alfonso, que no había hablado hasta este momento pero ahora intervino exaltado.

—Tío, ¿por qué no puede ser mi consejero? Es educado, dice, y ya me ha dado algún buen consejo. Después de todo, nadie excepto nosotros sabe lo de él y Teresa, por lo que no va haber ningún escándalo, y Teresa está a salvo, apartada de aquí, y él tiene contactos que nos pueden ser útiles con..., con círculos relacionados con la banca en Córdoba, así que...

—A veces puedes llegar a sorprenderme, Alfonso —dijo su tío cortante—. Por supuesto que he estado pensando en ofrecer a Pedro algún trabajo, pero no como consejero; él es demasiado joven aún y demasiado impulsivo. Eso llegará con el tiempo. Pedro, me gustaría que aceptaras un puesto como asesor mío, para ser mis manos. Como has dicho antes, nosotros los nobles no somos demasiado diestros para la lectura y para la escritura. Y para ser mis piernas también, que por cortas no me llevan demasiado lejos. ¿Estás dispuesto a ser mi amanuense y mi mensajero? Solo te pondré una condición: que dejes a un lado tu encaprichamiento con Teresa y te esfuerces en olvidarla. ¿Aceptas mi oferta?

Pedro oyó su propia voz como si procediera de un eco en la distancia:

—¡Acepto!

Capítulo 2

Sevilla

Córdoba y Sevilla, 1462

Pedro Herrera se sentó a la mesa junto a la ventana en la biblioteca que Fernando de Aguilar poseía en su enorme vivienda de Córdoba. El sol matinal brillaba con fuerza a través de la ventana abierta, iluminando el libro en el que trabajaba. Fernando, a pesar de aceptar que no era una persona culta, disponía de un extenso fondo bibliográfico. Pedro se encontraba rodeado de estanterías llenas de tratados de historia y de filosofía encuadernados en pergamino. Una de sus tareas era la de copiar los libros que recibían en préstamo para añadirlos a su biblioteca.

El libro que tenía delante era uno que Fernando había encontrado en la del obispo de Córdoba. Era una crónica de los acontecimientos acaecidos en Andalucía en el siglo anterior. El capítulo que le tenía ocupado trataba de las guerras de los castellanos contra los moros en el lejano sur.

Y así la ciudad y monte de Gibraltar que habían sido arrancados al moro infiel por el famoso caballero don Alonso Pérez de Guzmán, conocido como «El Bueno», en el año de Nuestro Señor de 1309, cayó de nuevo en manos musulmanas menos de treinta años después.

Bajo esta frase estaba escrito, con letra diferente, por una mano más reciente, probablemente por algún escribiente del palacio del obispo:

El nieto de este mismo Guzmán el Bueno, conde Enrique de Niebla, intentó la toma de Gibraltar al asalto, para el Rey y para la Sagrada Iglesia, pero al fracasar este intento digno de elogio, murió ahogado mientras intentaba rescatar a sus caballeros, y su cuerpo fue colgado en el interior de una jaula por los moros crueles e infieles delante de su castillo, y allí permanece hasta hoy, para deshonra de su familia y de todos los buenos cristianos.

Pedro soltó la pluma, flexionó su agarrotada mano derecha y se reclinó sobre el respaldo. Alzó la cabeza para mirar por la ventana. Estaba cansado de escribir, cansado de ser un simple escribiente. ¡Cuánto mejor y más emocionante habría sido para él ser un soldado, al igual que Guzmán el Bueno! Pero no parecía que habría una oportunidad para eso mientras estuviese al servicio de don Fernando. Este le mantenía ocupado, pero solo en tareas apacibles. Además de su trabajo en la biblioteca, se implicó en las discusiones sobre las finanzas familiares y Fernando poco a poco fue haciendo más caso a sus opiniones y consejos en esos asuntos, pero cada vez que Pedro planteaba la posibilidad de que le fuese permitida su participación en las batallas contra los moros, que a menudo ocupaban propiedades cercanas a Córdoba, Fernando se reía y le decía:

—¡Te he dado este trabajo por tu cabeza, Pedro Herrera, y no quiero que ninguno de esos nuevos cañones te la arranque de los hombros!

No era justo. Incluso su enemigo de la infancia, Luis del Castillo, que también trabajaba para el joven Alfonso desde hacía menos tiempo que Pedro, se había alistado con la casa Aguilar y le habían permitido que acompañara a Alfonso en un grupo de asalto en la frontera norte del reino nazarí de Granada, que limita con el sur de Córdoba. Parecía que en aquella ocasión no se había cubierto de honores, pero tampoco se había deshonrado del todo y andaba por allí pavoneándose como si fuese un experimentado guerrero.

—¡Estoy harto de escribir sobre batallas! —exclamó Pedro en voz alta— ¡Quiero estar allí, donde hago falta!

Una risotada a todo volumen por detrás fue la respuesta. Se volvió, sobresaltado, y vio la pequeña figura de don Fernando de Aguilar, que, como hacía siempre, había entrado en la biblioteca sin hacer el menor ruido. Le acompañaba su hija Beatriz, que levantó la vista para enviar a Pedro una rápida sonrisa tímida.

—Bueno, Pedro, no te puedo prometer una batalla, pero te tengo reservada una tarea que te va a mantener alejado del tintero durante unos cuantos días. Tengo algunos documentos que quiero que llesves a mi viejo amigo Alonso de Arcos, que es gobernador de Tarifa. Es un gran guerrero y tendrás la oportunidad de oír de su boca suficientes historias de luchas para saciar tu espíritu.

Pedro estaba perplejo. Un transporte de documentos entre ciudades en una peligrosa zona fronteriza entre reinos moros y cristianos era normalmente una misión encargada a mensajeros bien armados y escoltados, no a un simple escribiente desarmado. Sin embargo, se quedó callado, expectante, no estaba dispuesto a perder la oportunidad de abandonar la aburrida rutina a la que día a día se veía abocado.

—Gracias, don Fernando —contestó y, por alguna razón que no pudo explicar, añadió— Tarifa se encuentra en la costa sur, ¿verdad? ¿Tendré que pasar cerca de Gibraltar?

—Ah, eso es lo que has estado copiando —dijo Fernando echando un vistazo al trabajo de Pedro sobre la mesa—. No, el camino a Tarifa que pasa junto a Gibraltar está en territorio del reino de Granada, así que a menos que quieras alistarte con el viejo conde de Niebla que se columpia en las almenas del castillo, tienes que tomar otro camino más seguro. A diferencia de nosotros, los moros no distinguen entre cristianos viejos y conversos —acabó con una sonrisa maliciosa.

—¿Qué camino debería tomar entonces?

—Debes viajar primero hacia el este, hasta Sevilla y después hacia el sureste hasta Tarifa. Eso te da la oportunidad de ver a tu hermano José. Tal vez puedas convencerlo de que regrese con nosotros y comience a practicar en Córdoba. Necesito un buen médico aquí; estos huesos retorcidos que tengo se están haciendo viejos, y me dan una buena sesión de pinchazos todas las noches.

—¿Cuándo debo partir?

—Mañana por la mañana.

Pedro se sorprendió con tan repentina decisión para una misión que no parecía en absoluto de gran urgencia, pero nuevamente decidió no hacer ninguna pregunta más; se conformaba con que le dieran la oportunidad de viajar y ver nuevos lugares. Y podría ver a su hermano José.

Cuando Fernando abandonó la habitación, Beatriz se entretuvo un momento y Pedro tuvo ocasión para preguntarle:

—Beatriz, en realidad tu padre no necesita enviarme a mí con esos papeles, ¿verdad? Me aleja de aquí por alguna otra razón, ¿no es cierto? ¿Sabes tú por qué?

—Pues yo..., no sabría decirte —contestó sin ninguna convicción, ruborizándose—. Pedro, ten cuidado en el viaje, los caminos son peligrosos. —Titubeó, se inclinó hacia delante rápidamente, le dio un beso en la mejilla y salió de la habitación a toda prisa.

Él se puso la mano en la mejilla reflexionando. En los dos años que la conocía, Beatriz siempre había sido simpática con él, incluso en algunas ocasiones bastante habladora; siempre deseando contarle noticias de Teresa, a la que no había visto nunca más y, la verdad sea dicha, casi había olvidado, desde el día en que se marchó a servir a Su Majestad la reina Juana como dama de compañía. Pedro veía en Beatriz a una muchacha inteligente y bien informada, y aunque normalmente se mostraba seria, a veces le sorprendía con momentos de alegría y humor. Pero casi siempre sus conversaciones habían sido bastante rígidas y formales, lo que era lógico, suponía él, ya que sus relaciones se limitaban a las de un escribiente con la hija de su señor. ¿Qué habría provocado esta repentina y tímida expresión de afecto?

Pedro marchó despacio a caballo por un camino en deplorable estado que comunicaba las ciudades de Córdoba y Sevilla. Se trataba de pasar totalmente desapercibido. Cuando estuvo a punto de salir aquella mañana, Fernando no apareció. En su lugar, Beatriz salió al patio donde Pedro estaba ensillando su caballo. La acompañaba su doncella, pero ella misma era quien le llevaba una espada en su vaina y una bolsa de cuero con los documentos que tenía que llevar a Tarifa.

—Llévate esta espada, Pedro, hay muchos bandoleros por los caminos. Mantén a salvo los documentos de mi padre, y... cuídate, y vuelve sano y salvo —parecía que sus ojos se lo suplicaban, y acabó apresuradamente—. Te he traído comida y bebida para el viaje.

Cogió el hato que llevaba la doncella y se lo dio. Durante un instante sus manos se rozaron y una media sonrisa iluminó sus rostros. Pedro, un poco avergonzado, se dio la vuelta para colocar los bultos en las alforjas. Creyó haber oído un sonido tras él, parecía un sollozo, pero cuando se giró, ella se había marchado y el patio estaba vacío. Encogiéndose de hombros, se ajustó la espada que ella le había dado y montó a caballo.

Llevaba varias horas de camino y ya pasaba bastante del mediodía. El sol caía de pleno y el camino estaba desierto; no se cruzó con un alma desde que dejó las afueras de Córdoba tras él. Se detuvo junto a un gran olivo cuyas retorcidas ramas colgaban por encima del estrecho sendero y descabalgó.

Se sentó a su sombra y abrió la bolsa de comida que Beatriz le había dado. En el interior se encontró con una nueva sorpresa. No era el avituallamiento normal del viajero, como pan moreno y aceitunas, sino pasteles y dulces que, Pedro estaba seguro, eran obra de la propia Beatriz. También había vino para remojar tan delicados alimentos, un vino que Beatriz debió de haber sisado de la bodega de su padre ya que era de los mejores que jamás había probado.

Cuando hubo terminado, se levantó, sacudió el paño con el que se habían envuelto los alimentos y un trozo de pergamino saltó al suelo. Pedro lo recogió antes de que el viento pudiese llevárselo y lo desplegó. Era una carta escrita por la mano bastante infantil e inmadura de Beatriz. Se sentó de nuevo bajo aquel olivo y comenzó a leer:

Mi queridísimo Pedro:

¿Puedo llamarte así? Como al escribirte estas letras lo hago por primera, y quizás por última vez, quiero contarte lo que realmente siento.

Pedro, lo siento. Te mentí ayer. Yo sabía el porqué de tu viaje, pero mi padre me prohibió contártelo, por eso me callé cuando me preguntaste. Por respeto hacia él. Pero ahora creo que debes saber la verdad. Teresa vuelve hoy a Córdoba para visitarnos y tanto mi primo Alfonso como mi padre pensaron que sería mejor que no te encontrases con ella de nuevo. Pero sé que la amas y no puedo soportar verte engañado de esta manera.

Pedro soltó la carta y por un momento miró su caballo, con el repentino impulso de volver a toda velocidad a Córdoba a enfrentarse con los que le habían engañado. Pero luego, movido por la curiosidad, continuó la lectura.

La otra cosa que debo decirte es que mi padre tiene planes para ti, y para mí. Él te tiene en gran estima y quiere pagarte tu lealtad incorporándote a la familia. Pero no casándote con Teresa, eso jamás lo consentiría, y me temo que Teresa tampoco. Después de todo, fue ella la que rompió el secreto de vuestras citas en el cortijo con mi padre. (Sé que debiste haber sospechado que había sido yo la que te había traicionado, pero, querido Pedro, incluso entonces no habría sido capaz de hacer algo que pudiera herirte). Teresa se dio cuenta de que lo que había comenzado como una aventura romántica estaba punto de convertirse en un serio peligro; ella se sinceró con su hermano Alfonso, quien se lo contó a mi padre, y ya sabes lo que pasó después.

Mi padre espera conseguir una alianza rentable casando a Teresa con el hijo de alguna familia importante. Lo mío es diferente. No soy hermosa...

«Lo eres», pensó Pedro involuntariamente y se sorprendió a sí mismo.

... y soy morena, lo que no se corresponde con la pureza de la «sangre azul» de la nobleza castellana. Estoy lisiada y soy la hija de un enano, y tal vez pase el defecto a mis hijos. Él trata de compensar todas mis desventajas con la única que tienes tú a los ojos de la nobleza, que no eres cristiano viejo, y quiere concertar nuestra boda.

No puedo permitirle hacerte esto, no porque desprecie tus orígenes y no porque no te ame, sino por todo lo contrario: porque te quiero demasiado y no te quiero ver forzado a un matrimonio que, para ti, sería sin amor. Te he amado desde el primer día que te vi, y he llegado a conocerte, y creo que mi padre te convencerá a tu regreso, porque tu ambición te llevará a estar de acuerdo incluso en la forma tan vergonzosa de incorporarte a nuestra familia. Pero quizás ahora te lo pienses, reflexionarás sobre todo esto y decidas rechazar los planes de mi padre y busques tu suerte en otro lugar. Sea lo que sea lo que tú decidas hacer, quiero que lo hagas con pleno conocimiento de causa, y lejos de toda presión que mi padre pueda hacerte.

Quiero que sepas que te amo de verdad, y siempre te querré. Si decides regresar, y apenas me atrevo a esperar que lo hagas, puedo al menos tener la esperanza de que es porque te queda un poco de cariño en tu corazón para esta indigna que te idolatra,

Beatriz

Nuevamente Pedro soltó la carta y cerró los ojos. Pero lo que vio en esta ocasión no fue la esplendorosa belleza del rostro de Teresa de Aguilar sino los penetrantes rasgos morenos de su prima Beatriz. ¿En realidad pensaba Beatriz que era tan repulsiva como para que Pedro huyese de Córdoba en vez de afrontar el riesgo de casarse con ella? Pero ella no era en absoluto repulsiva; en realidad, era una muchacha bastante atractiva a su manera, y tenía que admitir que era bastante más simpática y mucho más inteligente que Teresa.

Después de un rato se levantó y montó nuevamente para reanudar su viaje hacia Sevilla a través de las tórridas y desérticas colinas de Andalucía. El resto del viaje estuvo absorto en sus pensamientos dejando incluso que el caballo eligiera su propio camino. Hizo caso omiso a los saludos de los ocasionales compañeros de viaje y fue hosco y reservado en las posadas donde se alojó. Tuvo suerte de no toparse con ningún grupo de bandoleros ya que, en el estado de abstracción en el que se encontraba, habría sido una víctima fácil.

Cuando llegó a la calurosa y animada ciudad de Sevilla preguntó el camino de la casa del noble a cuyo médico personal José prestaba servicio. Serpenteando por estrechas y sinuosas calles, por fin llegó a su destino y rápidamente se encontró con su hermano. A pesar de las sobrias prendas que vestía, como correspondían a la dignidad de su profesión, José no tuvo el más mínimo pudor en mostrar la alegría por tan inesperada visita con multitud de abrazos y achuchones a su hermano, como si hubiesen vuelto de nuevo a la época de niños en Córdoba.

Una vez acabado el entusiasmo inicial, ambos comenzaron a preguntarse mutuamente por noticias. Pedro le informó de los asuntos familiares y se mostró muy interesado en oír cómo le iban las cosas a su hermano.

Dramatis Personae

Los personajes ficticios van marcados con un asterisco. Por supuesto, culpamos de esto a la historia, no a ellos. Se han cambiado los nombres de pila de algunos personajes históricos de segunda fila con el fin de evitar al lector las lógicas confusiones entre la multitud de Alfonsos, Alonsos y Pedros. Sus nombres verdaderos aparecen entre paréntesis. Otros que se mencionan en el texto coinciden absolutamente con los personajes históricos —varios reyes, el marqués de Villena, el conde de Cabra...—.

En Córdoba

Los conversos

Pedro Herrera de Córdoba.

José Herrera*, hermano de Pedro.

La abuela de ambos.*

María Herrera* y Bartolomé Herrera*, padres de Pedro.

Álvaro y Elena*, los hijos de Pedro.

Luis del Castillo (Alfonso).

Los cristianos viejos

Teresa de Aguilar*, una joven de la nobleza.

Alfonso y Gonzalo de Aguilar, hermanos de Teresa.

Beatriz de Aguilar*, prima de Teresa, Alfonso y Gonzalo.
 Fernando de Aguilar*, padre de Beatriz.
 Diego de Córdoba y Soler, obispo de Córdoba.
 Aguayo (Pedro de Aguayo), enemigo de los conversos.
 Torreblanca (Pedro de Torreblanca), noble amigo de conversos.
 Juan*, un soldado.

En la captura de Gibraltar

Alonso de Arcos, alcaide de Tarifa.
 Ali el Curro (más tarde, Diego), prosélito musulmán.
 (Musa)*, moro renegado.
 (Andrés)* Gonzalo de Ávila, jefe de los Caballeros de Jerez.
 El conde de Arcos.
 Rodrigo Ponce de León, hijo del conde de Arcos.
 Juan (Juan Alonso), primer duque de Medina Sidonia.
 Enrique Pérez de Guzmán, hijo del primer duque de Medina Sidonia;
 más tarde, segundo duque.

En Sevilla

Pablo Cansino (Pedro), banquero converso.
 Alonso de Palencia, cronista, secretario del duque.

En Gibraltar

El padre Clemente*, sacerdote de los conversos.
 (Martín), profeta autoproclamado.
 Marta*, hija adoptiva de Martín.
 Antonio*, joven soldado.
 Lorenzo*, carnicero.
 Rafael de Valencia*, armador.
 Ana*, hija de Rafael de Valencia.

Inés*, comadrona.
 Antón de Montoro, juglar.

En Marruecos

Suleimán*, jefe de aldea mora.
 Jamila*, esposa favorita de Suleimán.
 Yussuf*, hijo de Suleimán y Jamila.
 El cadí.*
 Ovadia el Judío*, tío de Ana.

En ultramar

Niccolo*, capitán de navío veneciano.
 Un visitante de Toledo.*

